

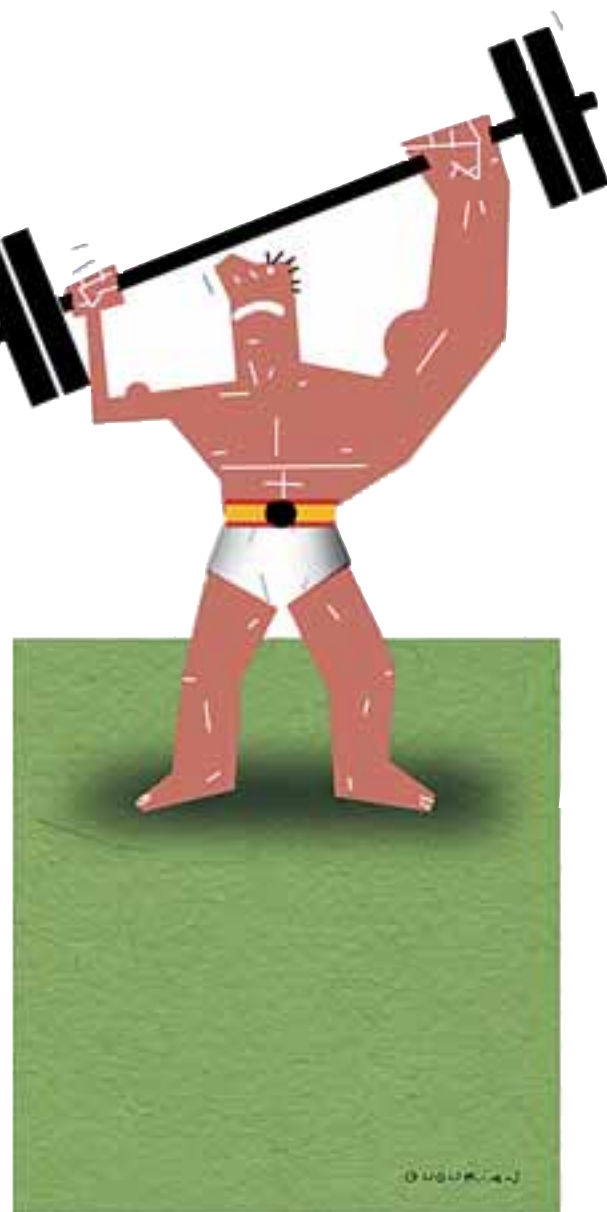
**L**a economía española crece a un ritmo cuatro veces más veloz que Alemania. Hemos conocido la cifra esta semana: somos un 3,4 por ciento más grandes que hace un año, y si los números no se equivocan, eso quiere decir que nuestra riqueza anual en productos y servicios es de unos 800.000 millones de euros. Enhorabuena a todos: somos la octava potencia económica del mundo.

Hagámonos un poco la pelota. España también es la segunda potencia turística del mundo con sus 55 millones de visitantes al año. Nos gana la Torre Eiffel pero ganamos a la Estatua de la Libertad. Tenemos uno de los sistemas bancarios mejores del mundo (cajeros, productos, precios, rapidez...), mejor que Estados Unidos incluso; y el grupo Santander es el mayor banco de Europa en valor en bolsa. Los bancos españoles y nuestras empresas eléctricas (Endesa e Iberdrola) son las mayores del subcontinente latinoamericano. Telefónica es la tercera mayor empresa de móviles del mundo, con sus más de 100 millones de clientes. Somos líderes mundiales en producción de aceite de oliva y el Grupo Sos es el mayor productor de arroz de Europa y América del Norte. Tenemos la mayor concesionaria de autopistas del planeta, Abertis, y vamos camino de ser los líderes mundiales en gestión de aeropuertos si Ferrovial adquiere el coloso británico BAA. Por cierto, en Gran Bretaña hemos comprado la segunda empresa de móviles y el sexto mayor banco sin que nos temblara el pulso. Gracias a Altadis vendemos habanos a todo el planeta sin que nadie nos haga la competencia, tenemos la mayor comarca de viñedos (Castilla-La Mancha), y hasta nuestras escuelas de negocios están en la jet set. Hace 10 años, apenas se nos escuchaba fuera de nuestras fronteras y ahora con FCC, ACS o Sacyr Vallehermoso competimos fieramente en los concursos empresariales del planeta Tierra: vamos a construir el puente más largo nunca conocido, el que unirá Sicilia con la península italiana, y nuestras em-

todo el mundo, sin importar la clase social, el origen, la nacionalidad, o el dinero. De todas partes de Europa, vienen los ancianos a España para tener una dulce jubilación basada en el sol, la playa y los buenos médicos. Nuestros hospitales son pioneros en muchas clases de trasplantes, y a los españoles, casi no les gana nadie en donaciones de órganos. ¿Y nuestra Agencia Tributaria? Tiene fama de ser una de las más eficientes y rápidas cobrando y administrando impuestos (aunque les pese a algunos): se pueden hacer declaraciones por Internet y los administradores de muchos países vienen a España a copiar este modelo. Apenas sufrimos de déficit público, y el desempleo ha desaparecido técnicamente en muchas regiones. Y si queremos ir de finos, hasta somos el país con más monumentos históricos declarados patrimonio de la humanidad.

¿Sorprensidos? Pues más sorprendidos deberíamos estar después de saber que nos estamos asomando a un abismo muy peligroso: perdemos competitividad. La prueba es que el déficit comercial es prodigioso: 60.000 millones de euros, el 7 por ciento de nuestro PIB, es decir, peor que el de Estados Unidos (6 por ciento). Compramos más productos en el exterior de los que nos compran a nosotros. Cada vez más. A la hora de mostrar nuestras cualidades en el mercado mundial, los países poco a poco van prefiriendo comprar productos alemanes, chinos, franceses o italianos, instalar fábricas en el este de Europa y hasta invertir sus fondos de pensiones en Gran Bretaña o en Brasil. Eso implica cerrar fábricas, despedir trabajadores y suprimir de un plumazo sectores industriales.

Lo peor de todo es que en vez de comprender que el mundo es muy pequeño y que las telas chinas, los técnicos eslovacos o los plátanos del Caribe pueden desplazarnos del mercado mundial, seguimos enzarzados en nuestras peleas internas como si el planeta no existiera: discutimos si somos nación, grupo de nacionalidades o federación; las comunidades autónomas se ponen alegremente a aprobar leyes de comer-



## ¿Somos una superpotencia o no?

Carlos Salas. Director de El Economista

presas de servicios y obras públicas están entre los colosos del globo. España es el quinto mayor productor de automóviles del mundo. Forma parte de la mayor acería de Europa (Arcelor), del mayor fabricante de aviones comerciales del planeta (Airbus), del tercer mayor fabricante de lanzaderas y satélites (EADS). Organizamos la mayor feria de telefonía del mundo (3GSM de Barcelona), y de las mayores de turismo y de franquicias. Fabricamos unos buques estratégicos y submarinos que están considerados los mejores del mundo en su categoría gracias a los astilleros de Izar. Tenemos multinacionales de la moda como Zara, de la perfumería como Puig, de transporte aéreo como Iberia, de vinos, de hortalizas y hasta de sofisticados sistemas informáticos (Indra). Hemos inaugurado la terminal aérea más moderna y grande de Europa, y estamos desplegando una de las redes de trenes veloces más ambiciosas de la historia. Y, por supuesto, nunca se habían creado tantas empresas en tan poco tiempo: más de 300.000 al año, y cada mes se bate un nuevo récord. El grado de seriedad de nuestros hombres y mujeres de negocios no debe de ser muy malo porque los italianos nos llaman "los alemanes del sur".

Vayamos un poco más lejos, a la Administración del Estado. La verdad es que nuestros políticos no lo han hecho tan mal en los últimos años pues gracias a sus esfuerzos por mejorar la sanidad, tenemos uno de los más envidiables sistemas de salud del globo: atendemos a

cio o impuestos locales, de modo que un empresario debe enfrentarse a 17 Administraciones para crear riqueza o ampliar su negocio; muchos empresarios vascos siguen pagando el impuesto revolucionario a ETA; y hasta un grupo de habitantes no desea comprar productos catalanes por la torpeza de los políticos.

Parece que las cosas no han cambiado en 2.000 años. El historiador romano Plinio decía que los iberos eran un pueblo tan guerrero que cuando no encontraban extranjeros contra los que pelear, se peleaban entre ellos mismos.

Invertimos muy poco dinero en renovar instalaciones y equipos, inventamos poco, patentamos menos, y muchas pequeñas empresas no saben emplear Internet para impulsar sus negocios.

Y aún así, hemos crecido. ¿Qué sería de este país si todos esos defectos no existieran? Nadie puede predecirlo, pero seguramente sería un país más rico, y quizá estaría formando parte del G7, el grupo de las naciones más poderosas del globo. ¿Una superpotencia? Ahora que empezábamos a creernos que ya hemos dejado de ser un país pobre y que dentro de siete años daremos más dinero a la UE del que recibimos, resulta que seguimos sin hacer nuestros deberes. Perdemos el tiempo en peleas inútiles. Porque en lugar de mirar hacia fuera, seguimos creyendo que el mundo se acaba en los Pirineos. Y mientras tanto, otros países y sus industrias nos van comiendo el terreno. ■